
Presentación

La Iglesia es misterio preexistente y revelado en el misterio mismo de Cristo o economía de nuestra salvación, y en este profundo sentido el misterio de Cristo es inseparable del misterio de la Iglesia.

La Iglesia es institución que toma origen histórico, visible y palpable ligada al acontecimiento real e histórico de Jesús de Nazareth, fundamentada en los apóstoles, enviada en misión, organizada con características específicas, dotada de medios apropiados a su naturaleza, estructurada jerárquicamente, propagada en todos los ángulos del mundo.

Pero el asunto mayor de la Iglesia de América Latina (y podría decirse "tout court", de la Iglesia) es el problema de la comunidad de personas vivas y reales, históricas y concretas, convocadas en la institución eclesial para la realización del misterio de salvación en Cristo. Es ahí donde todo análisis sociológico y también teológico y pastoral muestra el muchísimo camino que la Iglesia tiene aún por recorrer: hacer surgir, crear, gestar, construir (claro que bajo la acción y por el incontenible Espíritu de Jesús) las auténticas y genuinas comunidades de hermanos, congregaciones de los fieles y comunión de los santos.

Las personas en relación interpersonal y entonces intersubjetiva son elemento primario y fundamental de la comunidad Iglesia. Esta experiencia, sentida antes que sabida, ha estado y deberá estar en la base misma de la renovación eclesial del continente.

Las eclesiologías de corte extrinsecista definieron generalmente a la Iglesia por la vinculación de los cristianos a elementos externos a ellos mismos: el mismo régimen, la misma jurisdicción, el mismo pastor, el mismo derecho, las mismas formas rituales, la misma disciplina. Por su lado, las eclesiologías de corte interiorista diseñaron la comunidad en derredor de aglutinantes internos pero nuevamente diversos a las personas mismas: la misma fe, el mismo bautismo, el mismo Dios, la misma esperanza, el mismo evangelio o la celebración de los mismos sacramentos. Ello, unido a la práctica de una Iglesia de masas, dió por resultado el doloroso anonimato, el frustrante individualismo, el obtuso aislacionismo, la figura de una Iglesia que pareció el compuesto agregado de una suma numérica de individualidades que pudieron vivir sin conocerse y morir sin amarse, procurando cada quien una salvación rayana en el más refinado egoísmo y en el más craso solipsismo.

Pero si algo caracteriza el despertar eclesial del continente (perezosamente aún en nuestro medio colombiano) es el exodo o salida de las regiones de desemejanza con el Dios Trinidad y con el proyecto de Jesús hacia el gozoso hallazgo de la Iglesia comunidad de personas vivas y reales, de rostro concreto, de voz conocida, de mano extendida, de corazón abierto, de solidaridad, de comunión, de tarea de recíproca liberación. No hay por qué no pensar que la explosión de las comunidades de base y de los grupos menores ha significado el reencuentro de lo personal en la Iglesia y el confort en una Iglesia que se había hecho inconfortable al decir del obispo Iniesta: es la Iglesia que se reencuentra a sí misma como comunidad de personas.

* * *

Sobre el presupuesto inconvencible de la fundamental igualdad entre todas las personas que componemos la comunidad Iglesia, se yergue la diversidad funcional como requisito y exigencia de la comunidad misma.

Y es porque, como advierten los pastores latinoamericanos, "Esta multitud de hermanos que Cristo ha reunido en la Iglesia no constituye una realidad monolítica. Viven su unidad desde la diversidad que el Espíritu ha regalado a cada uno, entendida como un aporte que contribuye a la riqueza de la totalidad" (Puebla 244).

Es claro que si ningún grupo humano debe conformar una realidad monolítica que borre la diversidad de sus miembros, mucho menos en la Iglesia habrá que confundir la comunidad con la uniformidad, con la hiriente nivelación de las personas, con el fenómeno de totalización, con la radical negación de la individualidad, de la personalidad, del derecho y del deber de ser sí mismo, autónomo e irrepetible, que desde su mismidad de idoneidad y de vocación enriquece a la totalidad comunitaria.

La admirable diversidad de funciones fraternas en la comunidad Iglesia es la que sugiere la insistente comparación paulina entre la Iglesia y un cuerpo que con ser único tiene diversos órganos y funciones, sin que un miembro o una función pretenda suplantar las funciones propias de los demás, y sin que se pretenda que en la Iglesia todo sea obispo o todo sea presbítero porque sería monstruoso. Por esto tanto para el que pretende desconocer, subordinar o ahogar los carismas de los demás miembros de la comunidad, como para el que aún no acierta a reconocer y emplear para el provecho común de la Iglesia los dones de Dios que se le ofrecen, Pablo acuñó su severa advertencia: “No apaguéis al Espíritu Santo” (1 Tes 5, 19).

Las páginas de esta entrega retornan sobre el tema de las personas en la Iglesia desde la óptica de su cristiana igualdad y de su diversidad funcional.

EL EDITOR
